



Las descabelladas aventuras de Julito Cabello

Torre de papel
GRUPO EDITORIAL
norma

Esta es la divertidísima historia de Julito Cabello, un niño muy inquieto y con demasiadas ocurrencias. Un día, tras haber cenado fuera de casa la noche anterior con su padre, que es crítico especializado de restaurantes para un importante diario, decide escribir su propia reseña y enviarla a un periódico, bajo un pseudónimo. Lo que no alcanza a prever es que su crítica tendrá éxito devastador y que su padre se verá en grandes aprietos en su trabajo. ¿Cómo hará Julito para resolver este enredo?

Esteban Cabezas

Es chileno y ha sido monaguillo, scout, actor aficionado, libretista de televisión, fotógrafo de bandas de rock, editor de cultura de distintos medios, crítico de cine y crítico de restaurantes. Es calvo y no es flaco. Y la primera vez, no es simpático.

Con esta novela, obtuvo una mención especial en el Premio Norma-Fundalectura 2003.

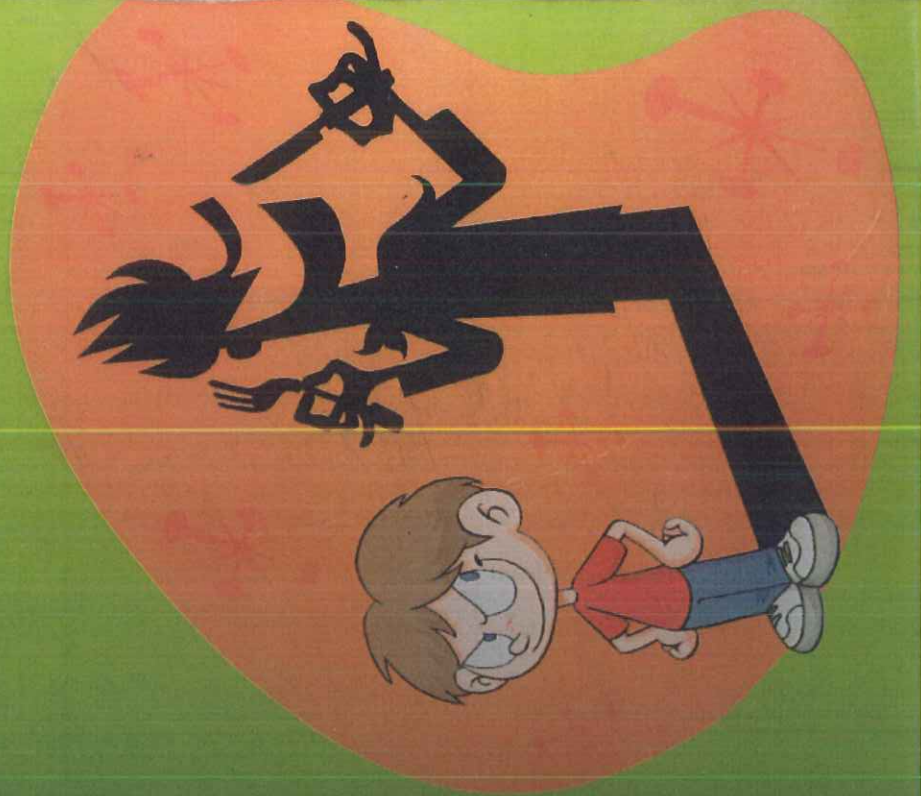
A partir de los 9 años



Torre de papel

Esteban Cabezas

Las descabelladas aventuras de Julito Cabello



CC 11737

ISBN 956-7250-98-7



7 1706894 117376

Cabezas, Esteban

Las descabelladas aventuras de Julito Cabello / Esteban Cabezas; ilustraciones Marko Torres. — Bogotá : Grupo Editorial Norma, 2004.

144 p. : il. ; 19 cm. — (Torre de papel. Torre azul)

ISBN 956-72-5098-7

Mención especial en el premio Norma-Fundatectura 2003.

I. Cuentos infantiles colombianos 2. Niños - Cuentos infantiles I. Torres, Marko, il. II. Tít. III.

Serie. 1863.6 cd 19 ed.

AHU8434

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel

Arango

Contenido

Una simple explicación	7
Así somos nosotros	11
Una invitación i-né-di-ta	15
El súper restaurante	19
La siniestra verdad, oh	23
La cruda realidad	27
Volver a la realidad, hum	31
Una mañana feliz, todavía	33
Cabello superstar	37
El ocio ocioso	41
Como una película	45
Alcachofa al poder	49
Ese domingo	51
Papá en crisis	55
No hay primera sin segunda	59
Vacaciones demoníacas	63
Un relajo para peor	67
La gran Berta	71
Soy un niño malo	75
La segunda semana de vacaciones	79

Copyright © Esteban Cabezas, 2004

Copyright © Editorial Norma, S.A., 2004, para Estados Unidos, México, Guatemala, Puerto Rico, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, República Dominicana, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina y Chile A.A. 53550, Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la Editorial.

Impreso por Grafika Copy Center
Impreso en Chile - Printed in Chile
Marzo, 2006

Edición: Cristina Puerta

Diagramación y armada: Sonia Rubio

Diseño de cubierta: Catalina Orjuela La verde

C.C. 11737

ISBN 956-7250-98-7

El bueno y el malo	81
Llamas a mí	85
El <i>forwardeo</i> inesperado	89
Un combo errado	93
Dos estadios llenos de gordos	97
Otro plan más	101
Cama para tres	105
Gordos enfermos	111
Ahora sí que sí	117
Una pesadilla muy extraña	123
Poniéndose bueno	127
Alabada sea la lechuga	131
Un domingo cualquiera	135
El <i>coulis</i> de palta mayo	139
Este es el final	143

CAPÍTULO 10
Una simple explicación

Esta es una sola historia, pero es una sola historia de dos personas que son la misma persona. Suena ligeramente complicado, lo sé, pero como dice mi profesora, la gorda Elisa, conocida también como El Mamut con falda, con un buen ejemplo (y harta concentración) todo se entiende.

Por lo mismo, voy a usar un ejemplo que es del colegio, pero no de la gorda, sino del Bigote de brocha, que es el profe de Castellano. Pero ya, ya sé que me estoy desviando (mi mamá dice que siempre me ando alejando de lo importante, pero ¿qué es lo

importante, digo yo?), así que aquí va el ejemplo.

El caso que explicó el Bigote fue el de un poeta que se llamaba Pablo Neruda. Todos conocen a Pablo Neruda, aunque no lo hayan ni leído. El asunto, y esto puede ser traumático para algunos, es que Pablo no se llamaba realmente Pablo. ¿Sorprendí a alguien?

Más claro todavía: Si pasaban la lista en el curso de Neruda cuando él era chico, si la profesora decía "Pablo Neruda", nadie decía "presente". Porque aunque él estaba allí, él no era Neruda.

¿Por qué?

La razón es sencilla y difícil también. Sencilla porque no se llamaba Pablo, se llamaba Neftalí. Como la naftalina, unas bolas chicas y hediondas que las abuelas usaban para espantar a las polillas (y que se extinguieron, al igual que muchas abuelas). Y su apellido no era Neruda: era Reyes. Raro, ¿no?

La explicación de todo la encontramos años después (así hablaba el Bigote: en plural y como misterioso), cuando el joven Neftalí se puso poeta y decidió cambiarse el nombre. Escogió Pablo porque le sonó bien, y Neruda, por un señor Jan Neruda,

de la lejana Checoslovaquia. Este señor Jan era poeta y también alguien a quien él admiraba (¿se imaginan si me pongo Super Mario Mortal Combat? ¿O Sonic Pac Man? Mi mamá me mata).

Pero bueno. Ese era el ejemplo de cómo una misma persona puede tener dos nombres. O, mejor dicho, cómo una historia puede tener dos protagonistas que son la misma persona.

Toda esta explicación que parece documental de tele cable es para contarles algo. Que lo que van a leer tiene un personaje principal, yo, pero también hay otro personaje principal que también soy yo.

Y así es como parte todo este problema. Y un enredo que quiero desenredar.

Como que me llamo Julio Cabello (de verdad me llamo así, ¿ya?).

Pero saben que, antes de seguir adelante, tengo que dejar algo en claro de inmediato: Yo creo que Neruda se cambió el nombre porque Neftalí era un nombre super raro. Lo del homenaje suena bien, pero le deben de haber fregado la infancia en el colegio con ese nombre. Los niños podemos ser (y me incluyo) muy idiotas con ese asunto. Y lo sé en carne propia, porque me llamo Julio Cabello.

Me dicen (entre muchos simpáticos sobrenombres) Julio Peluca, Julio Pelo, Julio Pelado y Tío Cosa, por el de los Locos Addams. Mi peinado no es nada del otro mundo, pero el apellido parece que sí.

Es duro tener un apellido así, aunque tengo dos amigos, Cabezón y Sordo, que lo pasan mucho peor. Y también hay otros casos, de niñas con papas que fueron *hippies* (vi una foto de ellos con el pelo largo y diría que hasta cochino), que se habían salvado de los apellidos, pero que no contaban con el maravilloso bautizo que las dejó convertidas en Almendra y Trigo Limpio.

También hay otro que tiene unos tremendos anteojos. Les podría contar todo lo que le dicen, pero eso da como para un libro aparte.

CAPÍTULO 2

ASÍ SOMOS NOSOTROS

Para que sigan entendiendo (no ha sido tan complicado finalmente, ¿cierto?), les voy a hablar de mi familia, porque ellos tienen mucho que ver en todo esto.

Mi papá y mi mamá son periodistas.

Escriben mucho y ponen su firma en todo lo que opinan.

¿Creen que esto es importante? Para un niño puede que no. Si hablan de video juegos o de cómics, tal vez. Pero mi papá critica restaurantes y mi mamá escribe de plantas y jardines.

Mi papá se llama Julio Cabello, igual que yo (y así se llamaba también mi abuelo y mi bisabuelo y así, hasta el primer protozoo llamado Cabello). Mi papá escribe en un diario que se llama La Razón y mi mamá, en cambio, trabaja para una revista que se llama La Casa Feliz. Mi mamá (y vamos nuevamente con el asunto de los nombres) se llama Rosa Parada, No les estoy tomando el pelo (o el cabello, ja). Parece falso, pero es de verdad: Se llama Rosa, y escribe de flores. Pero como no le gusta como suena, firma como Rosa P. Bravo, que es su segundo apellido.

El asunto es que toda esta historia comenzó porque mi mamá se fue de viaje cuando la invitaron a una exposición de orquídeas (que son unas flores carísimas y rarísimas) a los Estados Unidos, Nos dijo adiós, dejó el refrigerador lleno de notitas pegadas con los imanes (como "La basura hay que sacarla el lunes y el jueves" y "Rieguen mis plantas o si no, los mato"), agarró a mi hermanito chico de apenas dos años, el Beltrán, y partió a Nueva York,

Mi papá, según les he escuchado a sus amigos, escribe muy bien, pero en cambio no es muy bueno para otras cosas, como ordenar la casa, Y eso lo digo yo.



Siendo muy sincero, es un poquito chanchito.

Entonces esta es la escena: papá y yo, los hombres de la casa, abandonados a su cochina suerte. Y acompañándonos el Aarón, que es mi mejor amigo (y del que todavía no les hablo), de villano invitado en esta aventura. Porque justo, justo en esos enredados días, se había quedado a alojar.

Es que habían partido las vacaciones de invierno.

CARITOLOS

Una invitación i-né-di-ta

Todo partió un viernes. Mi mamá se había ido hace dos días y los platos ya formaban una Torre de Pisa (peligrosamente inclinada) en el lavadero. Yo tenía todas mis tareas de las vacaciones hechas (en tiempo récord, nunca antes visto) y estaba con el Aarón jugando videojuegos, cuando mi papá entró a la pieza y dijo:

-¿Vamos a un restaurante?

Raro.

Raro porque yo lo sé: mi papá siempre (SIEMPRE, con mayúsculas) va con mi mamá a los restaurantes que crítica.

¿Por qué? Por dos razones. Una es que mi papá necesita compañía para pedir más platos que los que comería yendo solo. Y dos, porque ella después le da unos cuantos consejos (por ejemplo, le dice qué flores había en los floreros) y también lo ayuda con algunas palabras.

16

Me gusta verlos trabajar juntos, aunque sea medio injusto, porque como mi papá no sabe nada de pulgones y abonos, es bien poco lo que le ayuda a mi mamá.

Pero bueno, así es la vida: injusta y rara. Y lo que ocurrió el viernes aquel fue muy raro. Inusual, como dicen en algunos programas del cable sobre ovnis. Inédito, como dicen en otro programa de monstruos como Pie Grande y el del lago Ness.

Mi papá nos agarró a los dos y nos llevó a un restaurante caro. ¿Por qué sé que era caro? Porque si fuera barato nos llevarían todas las semanas, creo, en vez de comprar pollo con papas fritas. Y lo otro es que, cuando el restaurante es fino, mi papá se viste elegante, toma su grabadora (una mini, minigrabadora, como de espía) y se prepara psicológicamente para opinar sobre algo caro. Creo que hasta le cambia la cara. Baja las cejas, se le achica la boca y no para de carraspear hasta que sale del restaurante

(eso lo dice mi mamá). En la casa todos sabemos cuando está escribiendo una crítica después, porque no para de carraspear, como si se estuviera comiendo un plato de Cerelac. Si hasta dan ganas de llevarle un vaso de agua al pobre.

17

Por todo esto, con el Aarón nos limpiamos un poco el chaleco, nos pasamos el dedo por los dientes, nos estiramos los calcetines y nos pusimos muy serios. Teníamos claro que esto era importante.

Y también que si nos portábamos ejemplarmente bien, a lo mejor nos caía otra invitación después.

capitulo 4

El súper restaurante

Después de un viaje corto, llegamos a un lugar muy raro ("raro", por si no se habían dado cuenta, es mi palabra favorita), lleno de velas y de cortinas por todos lados. A algunos muros les faltaban pedazos y la puerta era de metal lleno de óxido. "Muy a la moda", le dijo mi papá a la grabadora. Yo en cambio encontré que parecía la casa de Sadam Hussein después de un bombardeo.

El nombre del restaurante (o de la ruina esa) era Chez Jordi.

Debo confesar que lo primero que me llamó la atención (y no era para menos) es

que éramos como unos bichos raros. No mi papá, sino el Aarón y yo.

De partida, no nos pasaron la carta, no nos preguntaron nada (por ejemplo, si nos sentíamos como pigmeos en las sillas, con las patas colgando,) y todas las consultas se las hacían a mi papá, como si nosotros estuviéramos pintados allí. Pero los mozos no eran los únicos que no nos pescaban. Mi papá, que estaba en plan trabajo, ni nos miraba. Estaba viendo las otras mesas, contando la cantidad de sillas y escogiendo los platos que iba a pedir.

Como les he escuchado a mis papas, hay recetas más difíciles que otras. Y la idea es pedir las más complicadas. Ojalá que tengan que estar como dos días cocinando. El sabor parece que no es tan, tan importante. Lo importante es que les cueste (como una prueba de Física o Química, creo yo).

En cambio, allí estábamos el Aarón y yo, con ganas de pedir un par de bebidas y unas papas fritas (nada complicado), pero nadie (NADIE, nuevamente en mayúsculas) nos daba ni la más mínima pelota. Supongo que tampoco sabían quién era mi papá, porque o si no habríamos tenido a un batallón de mozos tapándonos a preguntas y atendiéndonos

como si fuéramos el mismísimo Papa y sus santos acompañantes.

Después de una larga meditación, mi papá pidió (al fin): una cosa muy extraña de pronunciar para él y, para nosotros, carne con arroz. La verdad, nunca habría creído que pedir una carne con arroz fuera tan complicado, porque tuvo que pedir un plato con un nombre tan largo como el de un nombre científico (sonaba como *charodon carcharias*, que es el tiburón blanco para que sepan), y después tuvo que explicarle al mozo que le sacara la salsa, los adornos y los condimentos, para que quedara convertido, más o menos, en un vulgar bistec con arroz.

Y allí estábamos, más muertos de susto que en el Parque Jurásico (es que, después de un rato, todas las mesas estaban llenas de viejos tipo tiranosaurio), cuando tuve la brillante e involuntaria idea de hacer pipí.

Y obviamente cuando quise ir al baño, me perdí.

Capítulo 5

La siniestra verdad, oh

¿Por qué los baños de restaurantes están tan escondidos? Tengo una buena idea y se las regalo: Señores dueños de restaurantes, en las servilletas podrían poner un mapa para llegar. Porque el asunto es que yo, sin mapa, llegué a otra puerta y, cuando la abrí, me encontré cara a cara y de golpe con la cocina.

Si el restaurante ya era extraño, la cocina superaba a cualquier película de terror horrible y espeluznante. Todo lleno de humo, montones de gritos inhumanos, tipos con unos cuchillos asesinos y pedazos de

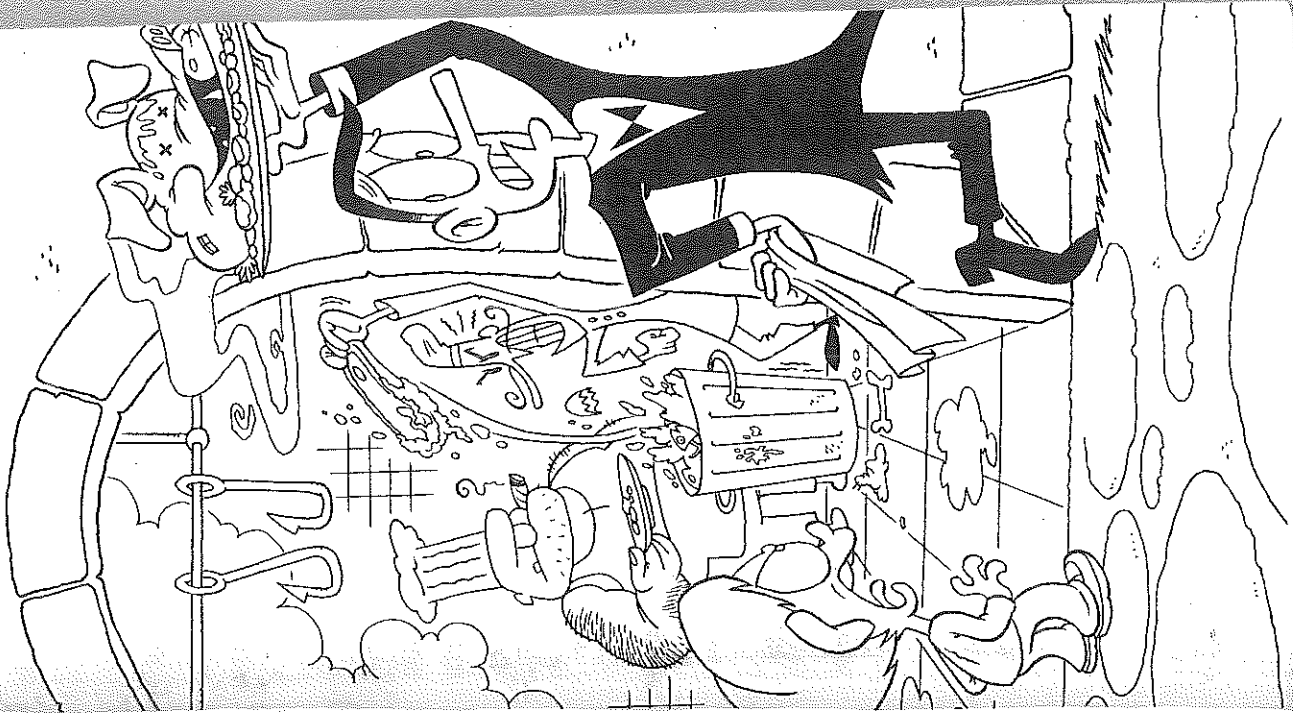
carne sangrante en las mesas. Hasta había una cabeza de chanco feliz (y eso que estaba bien muerto). Y, en medio de todo, uno de los sujetos chillaba más que el resto. Supongo que era Jordi, porque como me explicó mi papá, "Chez Jordi" significaba "Donde Jordi".

Tiene que haber sido Jordi, porque todos le obedecían. Sus gritos eran como los de una niña a la que le tiran las trenzas. Agudos. Además pegaba cachetadas, codazos, rodillazos y utilizaba insultos que no estaban en mi diccionario Larousse. ¿El era el dueño? Ni cuando mi equipo de ajedrez estaba perdiendo el campeonato, escuché gritos como esos. En cambio, Jordi no pasaba desapercibido. Y eso no era todo.

-¡Muévase pequeñas basuras sin estilo! -decía muy agudo a los pobres cocineros, que corrían de un lado a otro.

Cuando vi que agarraba de un plato un pedazo de algo, para luego pasarlo por la basura y, después, con mucha elegancia volver a ponerlo en el mismo plato, no entendí nada.

-A ver si le gusta ahora -chilló-, llévenlo de vuelta a esa mesa que no sabe apreciar mi cocina perfecta.



¡Qué asco! Después tomó otro plato y le dio un beso encima. ¡Más asco!

Y después dijo: -Ahora está perfecto.

Alcancé a ver cuando agarraba un plato que iba a la mesa seis (¡precisamente nuestra mesa!) y que también le daba otro de sus besos viscosos.

No sé si ya me estaba haciendo pipí o si eran las náuseas. Le pregunté a uno de los menos gritones de la cocina dónde estaba el baño y me fui velozmente a la puerta correcta.

Capítulo 6

La cruda realidad

Cuando volví a la mesa, todo estaba muy tranquilo.

Comparado con la cocina, la mesa parecía una misa. Me senté y vi al Aarón con su plato de carne con arroz y vi que también estaba el mío, igualito al de él.

¡Conocen el típico plato de carne con arroz, un verdadero clásico, como las salchichas con puré? En mi casa es muy sencillo. En una mitad del plato está el arroz, que a veces es un molde perfecto hecho con una taza de té. En la otra mitad está el bistec, plano y rico, cafecito y con forma

de un país que no existe (aunque una vez me comí uno igual a Cuba).

Bueno, Este (para que sepan) era el bistec con arroz más raro de la historia de la cocina mundial.

Primero, el molde de arroz era cuadrado. Más bien rectangular. Y luego el bistec era redondo y lo habían puesto arriba del arroz. Alrededor de todo el plato estaba lleno de manchitas y polvitos de todos colores. ¿Raro? Por supuesto. Con el Aarón nos miramos y, como teníamos hambre, desarrollamos todo y le metimos cuchillo y tenedor haciéndole el quite a las manchitas, que a veces eran muy picantes.

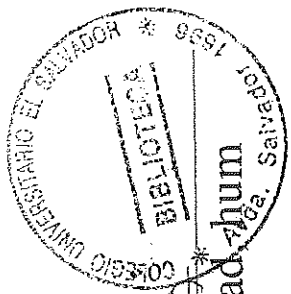
Mi papá, mientras tanto, estaba desarrollando una verdadera escultura (la misma que besó Jordi, qué asco), donde se mezclaban verduras, frutas, pollo, vaca y quién sabe qué más. El plato era tan enredado como su nombre.

Estaba tan feliz el pobre de mi papá que no tuve el coraje de decirle lo de la baba. Masticaba con una cara de alegría enorme y, entre un bocado y otro, le hablaba a la grabadora como si fuera su mejor amiga.

Con el Aarón nos terminamos el plato, y pedimos un postre. La verdad es que le pedimos a mi papá que nos pidiera un

postre. Llegó algo muy raro pero muy rico, pero todo el rato me imaginaba a Jordi y sus labios en forma de trompa justo encima del pastel ese.

Un verdadero, aunque dulce, asco.



capitulo

Volver a la realidad. hum

ca. Salvador

Cuando llegamos a la casa, mi papá nos dijo que nos laváramos los dientes y que nos pusiéramos el pijama. Y eso hicimos (el Aarón prácticamente vive en mi casa, debo decirlo); mientras tanto, él se metió en su escritorio para carraspear frente a su computador.

Cuando estábamos con el Aarón en la pieza, le hice la gran pregunta:

-¿Te gustó?

Aarón, que habla poco aunque sea mi mejor amigo (o a lo mejor por eso es mi mejor amigo), sólo hizo un ruido.

Hizo: "Hum".

-¿Quieres hablar del restaurante? —le pregunté, para ver si decía algo más.

Y claro que dijo algo. Dijo "Hum" de nuevo.

-¿Lo dejamos para mañana entonces? —fue lo único que se me ocurrió, porque lo vi en una película.

Y cuando Aarón me dijo "Hum" de nuevo, no me quedó más que darme la vuelta en la cama, apagar la luz y dejarlo para el otro día.

-Hum -dije, y me dormí.

Capítulo 8
Una mañana feliz, todavía

Nos despertamos después que mi papá, que andaba muy feliz y con ganas de hacer-nos desayuno.

Mi mamá, y que quede para el registro histórico, nos da pan con mantequilla y leche con chocolate. No es malo. No puedo quejarme. Pero mi papá es mayúsculo, como las letras mayúsculas. Podría hacerlo chico, pero lo hace en grande.

Con Aarón nos sentamos a una mesa con huevos revueltos, tocino frito (igual que en las películas gringas), jugo de naranja, Corn Flakes, un café muy oloroso (para mi papá)

y *milk shake* (para nosotros).

¿Comimos? Sí, hasta que el ombligo casi se nos salió de la guata.

Después mi papá, que andaba derrochando felicidad (después de escribir siempre se le acaba la carraspera y muestra toda la dentadura), nos dio permiso para irnos a la pieza de nuevo.

Eso entraba en la categoría de lo raro, por lo menos para nosotros.

Mi mamá siempre nos manda al patio y hasta a la plaza, bien lejos. Para que ella pueda limpiar la casa, hacer las camas, y para que nosotros tomemos aire. Pero a mi papá el tema del aire parece que no le importa.

Nos fuimos con el Aarón a la pieza, hicimos las camas (nada profesional: sacamos las migas y tiramos las frazadas sobre el colchón no más), prendimos el computador y nos pusimos a buscar cosas por internet.

Vimos unos juegos, unas cuantas señoritas sin ropa y, de repente, el Aarón largó una frase completa:

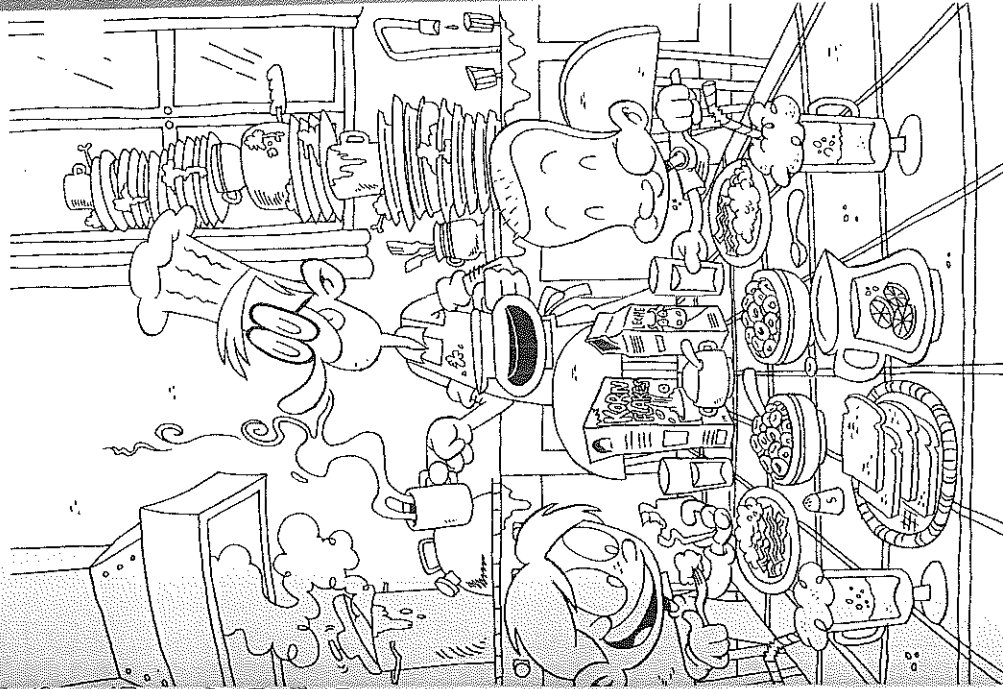
¿Por qué no buscamos las cosas que ha escrito tu papá?

La verdad de las verdades es que mi amigo Aarón, que habla superpoco, cijo algo que a mí jamás se me hubiera ocurrido. Y eso que llevo años (siendo exactos, desde

que nací) viviendo con mi papá.

Nunca, en todo ese tiempo, había leído ni una línea de lo que escribía.

Le dije "Hum" (le hablé en su idioma, ¿ya?), y nos pusimos a buscar.



Cabello^{es}

Cabello superstar

Pusimos el nombre de Julio Cabello y salió un montón de documentos. Documentos, para el ignorante que no lo sepa, son las cosas que mi papito ha escrito.

Montones, digo. Montones de montones. Jamás pensé que mi papá hubiera escrito tanto. ¿En qué momento hacía cosas humanas como ver tele, obligarnos a hacer las tareas o ir al baño?

Entonces, en medio de tanta sorpresa, hicimos un clic en lo último que había escrito, la semana pasada.

¿Quieren que les diga la verdad, aunque sea una verdad ingrata que tiene que ver con mi adorado padre? La verdad es que no entendí casi nada.

Primero, porque un montón de palabras no estaban en el disco duro de mi cabeza (suena bien eso, se lo escuché a uno de otro curso del colegio). ¿Alguien normal sabe lo que es un *coulisi*

¿O una "reducción"?

¿O una "suprema" de algo?

Un "mezclón", ¿qué es eso?

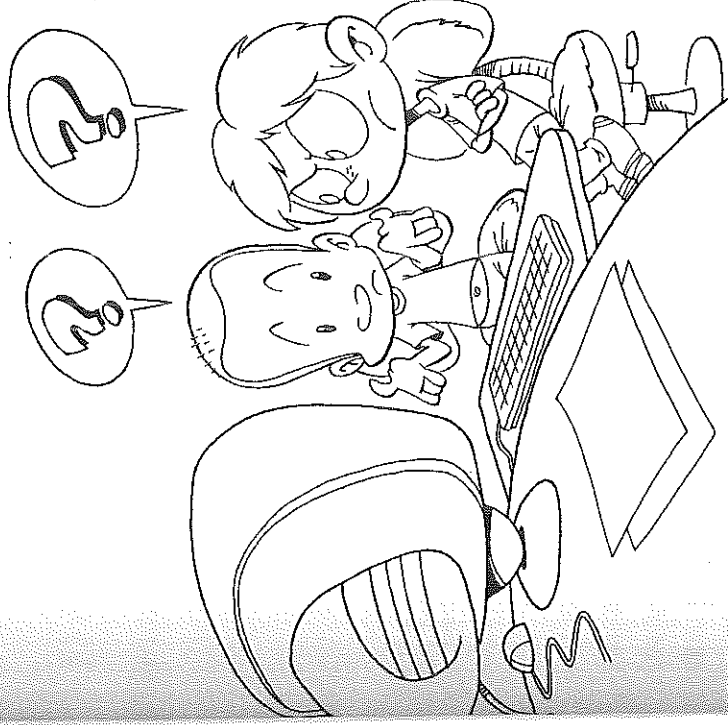
¿Un *parfait* perfecto? ¿Qué quiso decir?

Nos mirábamos con el Aarón porque esto era más complicado que instrucciones de videojuego (y más aún cuando están en inglés). Porque mi papá escribía en castellano, supongo, el mismo idioma que usamos todos los días. A menos que le hubiera dado por escribir en élfico o alguna lengua de *El señor de los anillos*.

Bueno, allí estábamos con Aarón, intentando entender a mi papá hablando de comida, cuando se nos ocurrió una idea.

¿Una idea mala? ¿Una idea buena? Yo creo que las ideas no son buenas ni malas cuando uno las piensa. A veces son buenas o malas después.

Mucho después.



Centenals 10

EL OCIO OCIOSO

De puro ociosos se nos ocurrió escribir algo sobre el restaurante de la noche pasada. ¿Por qué?

De repente para pasárselo a mi papá y decirle: "Mira, papito, lo pasamos muy bien, y para que veas que somos agradecidos, esta es una traducción de lo que escribiste, pero al castellano".

Ya habíamos leído lo que escribió sobre otro restaurante (L'escargot, que significa caracol en francés) y empezamos a escribir del Chez Jordi, más o menos describiendo lo mismo (los platos, los mozos y todo eso)

con lo que nos salía del fondo mismo del corazón (o del estómago, que debe estar conectado con alguna tripa del corazón supongo, porque como dicen: "Guata llena, corazón contento").

Nos sentamos con el Aarón y fuimos palabra a palabra, frase a frase, sujetos y predicados, hasta tener algo parecido a una composición para el colegio. ¿Se acuerdan de las composiciones en marzo, de vuelta de vacaciones, cuando los profes llegan tan flojos que nos hacen escribir para no tener que hacer la primera clase? Así mismo.

Cuando le pusimos el punto final, que es igual que cuando suena la campana para el recreo, lo leímos de una sola vez.

Al Aarón le gustó, porque se rio un montón. Entonces, como andábamos con vuelo, nos pusimos a buscar otra cosa por internet.

¿Qué cosa? Algún otro diario con crítico de cocina que no fuera La Razón, para ver si mi papá era el único que escribía así de raro. Como para comparar.

Leímos una o dos críticas igual de indecifrables cuando, buscando otras más, encontramos La Quinta, un diario nuevo. Recién me estaba dando cuenta de que no tenía crítico de cocina cuando el Aarón ya

estaba mandando el texto a la sección "Cartas al director".

Ni le pregunté por qué. Porque me habría dicho "Hum", y yo hubiera quedado igual. Entonces, para no firmar como Julio Cabello (pensarían que era una tomadura de pelo de la competencia), inventamos una firma.

No fue Pablo Neruda, porque ese nombre ya estaba ocupado.

Entonces buscamos en internet cómo se decía en inglés mi verdura favorita. Y después le pegué el nombre de mi hermano chico.

Así nació a la vida Beltrán Artichoke (que significa alcachofa, para el que no lo sabía).

CAPITULO 1

Como una película

El capítulo que viene ahora es como en las películas. ¿Por qué? Porque yo no estuve allí, pero me imagino que ocurrió igualito. Porque también algo averigüé después, porque me lo imaginé y porque se me dio la gana escribirlo así. Y punto.

Así debe de haber sido el diario La Quinta el día en que se nos ocurrió mandar nuestra crítica, que era en verdad sólo una carta para el señor director.

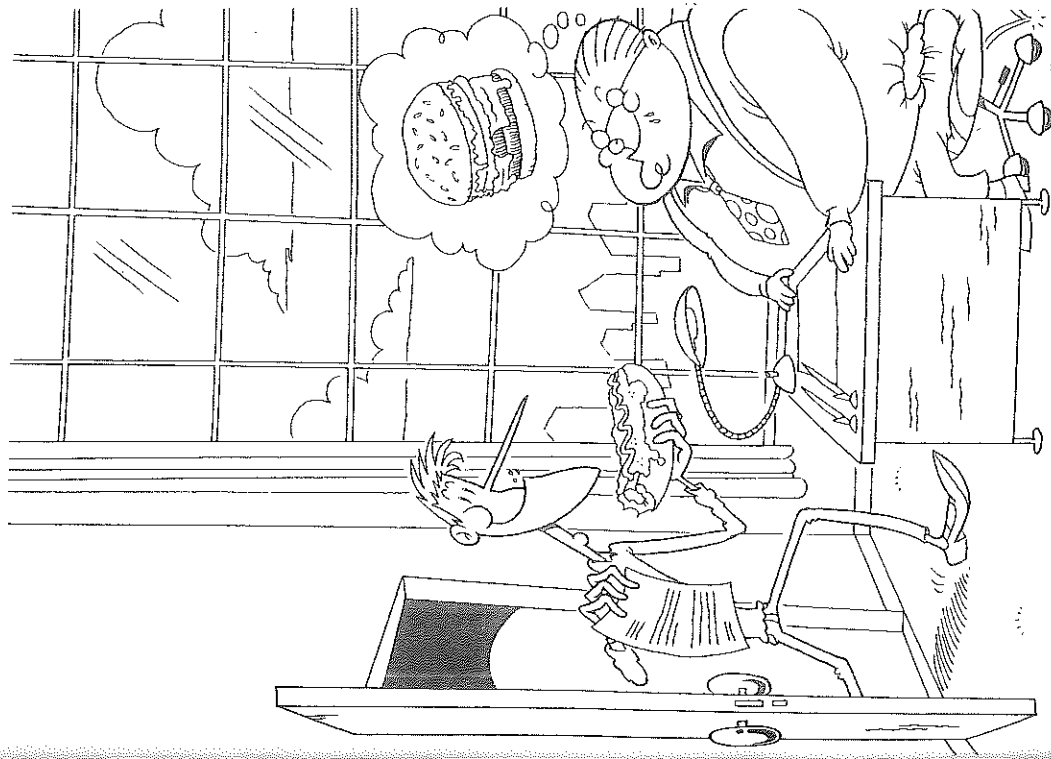
El director de ese diario se llama Iván Gord, y su mayor preocupación es llenar Estadios Nacionales. Raro, ¿no?

Gord siempre está pensando en cuántos Estadios Nacionales llenos de gente leen su diario. Por ejemplo, cuando pone una noticia grande de fútbol, cree que hay como tres estadios llenos leyendo su diario. También cree que si pone la foto de una señorita en bikini, otros tres estadios llenos van a gritar de felicidad. Y también van a comprar más diarios, que es la preocupación número uno del señor Gord.

Con respecto a esto, no tiene muchos problemas, porque como pone harto deporte y muchas señoritas, mucha gente lee su diario. Su problema es otro, y es que le gusta comer. Por eso es gordo y piensa que alguien debería escribir de comida en su estupendo diario. Pero como tampoco entiende lo del *coulis* y la reducción, le cargan los críticos que hay en otros diarios. Porque lo del *coulis* no lo entiende ni una banca semi vacía del famoso estadio de los lectores. Ni el que vende sandwiches en el estadio tampoco.

Iván Gord estaba pensando en eso, precisamente (y en una hamburguesa con queso), cuando llegó a su oficina el flaco Espinoza, su ayudante.

-Jefe, jefecito, mire esto -dijo Espinoza, mientras entraba y se comía al mismo tiempo un *hot dog* de medio metro (porque lo



único que comía el flaco Espinoza eran *hot dogs*).

Y lo que traía Espinoza en sus manos era, nada más ni nada menos, que la carta escrita por el señor Artichoke.

Y ese era yo.

Carta a Artichoke

Alcachofa al poder

-Mire, jefe, lo que le traigo -dijo Espinoza, casi limpiándose la boca con la carta.

Iván Gord pescó el papel antes de que Espinoza lo usara como servilleta y lo leyó de una sola vez. Primero con una ligera felicidad y después con una franca emoción, por la genialidad de lo que estaba leyendo (es mi cuento, ¿OK?). Al final miró a Espinoza y le dio un abrazo.

-Esto es -gritó-, esto es justo lo que necesito. No llenará muchos estadios, pero me imagino un solo Estadio Nacional lleno de gordos como yo, felices leyendo esto: una crítica de restaurante que por fin se entiende.

Entonces el señor Gord llamó a uno de sus empleados con un grito muy sonoro (tipo elefante), le estiró la página y dijo:
-Detengan las máquinas. Quiero que incluyan esto en la edición del día domingo. Y muy destacado.

¿Qué significa esto?

Que lo pusiera de inmediato en una página de su diario para que saliera el mismo día después.

Gord suspiró de felicidad después de dar esta orden. Y se sintió tan contento que invitó a Espinoza a comerse una hamburguesa con queso. Espinoza igual fue (porque el gordo era su jefe), aunque hubiera preferido mil veces un *hot dog*. Obvio.

¿Qué quieren que les diga? ¿Lo que pasó después? Para el que leyó La Quinta de ese domingo, lo vio tal cual salió: arriba decía "Comer sin piedad" (eso no fue idea mía, ese título lo puso Gord). Y después venía lo que escribimos con el Aarón.

Y al final, en letras más negras que el resto, venía el nombre de Beltrán Artichoke.

Creo que ese día el señor Gord durmió lleno y contento. Y mi papá comenzó a desvelarse como nunca, aunque todavía no lo sabía.

CAPITULO 13

Ese domingo

Ese domingo estábamos con el Aarón pensando en qué íbamos a hacer.

Algo útil, como pasar a una nueva etapa de nuestro juego.

Estuvimos a punto de no sacarnos el pija en todo el día y mi papá andaba haciendo todo eso que, según él, podía hacer ahora que la mamá no estaba. ¿Qué significa esto? Comenzar a ordenar sus libros y dejarlos en montones nuevos, arreglar la lavadora y dejarla peor (se comió mis calcetines de Bart Simpson) y, también,

intentar terminar un libro que lleva como tres años escribiendo.

Nosotros estábamos felices sin hacer nada. Comimos *pizza* y estábamos viendo en el cable una película de guerra que se llama "El día más largo",

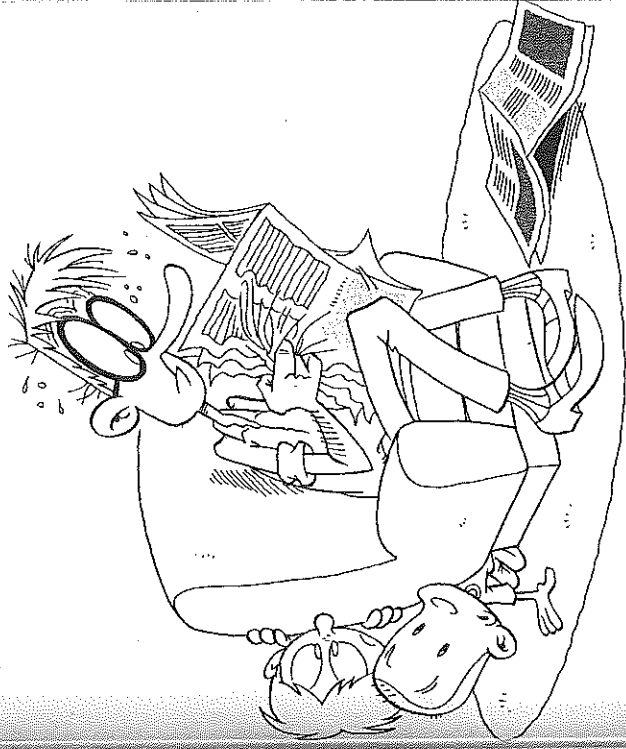
Y vaya que fue largo ese domingo,

Debo explicar que mi papá, como muchos periodistas (eso me lo dijo mi mamá), compra todos los diarios del domingo. Deben de ser como 15 kilos de papel.

Lo primero que hace es leer su crítica y, aunque sabe perfectamente qué dice, la lee como dos veces. Y va diciendo "Ja", "Aja", "Bien", "Muy atinado", y se va echando flores de una manera un poco vergonzosa. Aunque lo peor es que, cuando termina, siempre dice la misma palabra: "Perfecto", Nadie puede.

Después lee el resto, pero la crítica que más le importa es la de su "competencia", Berta Berloni en Las Primeras Noticias, La lee, se queda callado y cierra el diario. Nunca dice nada.

Pero esa mañana algo cambió su rutina. Estábamos con el Aarón rumiando un pedazo de tocino de la *pizza*, cuando lo vimos abrir La Quinta, Ese diario lo compraba por



nuevo, no por la crítica que, hasta entonces, no existía.

No nos dimos cuenta hasta que lo único que se escuchó en el comedor fue el *crac* del tocino y una mosca que estaba chocando con la ventana.

Crac, el tocino. Toc, la mosca.

Mi papá estaba pálido y tenía los ojos muy abiertos. Ni se movía y tampoco cerraba el diario. Leía una y otra vez lo que estaba en la página 32. Como tres minutos después (lo vimos en el reloj de la cocina), nos miró. Tenía la mirada extraviada (perdida es un buen sinónimo). Entonces abrió la boca y se quedó así dos minutos más.

Se paró y comenzó a lavar los platos.

¡A lavar los platos!

Entonces empezamos a preocuparnos con el Aarón, que tomó el diario y se empezó a reír. Pero supo parar justo a tiempo.

Porque corría (corríamos) un riesgo de muerte.

Allí estaba nuestra crítica, o más bien la crítica de Beltrán Artichoke, que es (como les contaba al principio) el segundo personaje de esta misma historia.

capitulo 14

Papá en crisis

¿Han visto a sus padres muy preocupados? A los niños no nos preparan psicológicamente para esto. Mi papá estuvo mucho casi todo el domingo hasta que sonó el teléfono.

—¿Sí? -dijo mi papá, sacando la voz. Podría haber sido cualquiera. Hasta el de las pizzas con alguna promoción con palos de ajo y extra queso. Pero no era el de las pizzas, aunque mi papá se puso tieso como masa a la piedra.

-Lo sé -dijo-. También lo leí -dijo después-. Y no estoy de acuerdo -dijo un ratito después.

Sonaba igual a las respuestas de un interrogatorio del inspector del colegio sobre quién rompió el vidrio con la pelota. Pero no había vidrio ni pelota, aunque parece que sí había un inspector al otro lado del teléfono. Era el jefe de mi papá.

Cuando mi papá colgó, yo tenía más o menos clara la idea. Pero él me la dejó más clarita de inmediato.

-¿Quién será ese Artichoke? -se preguntó a sí mismo en una voz tan alta que, aunque era una pregunta para sí mismo, igual la escuché yo.

Juro de guata que no fue mi intención darle un problema a mi papá, lo juro, lo juro. Pero las cosas tomaron un curso muy raro. Cuando llegamos a la pieza con el Aarón, y antes de hablar cualquier cosa, teníamos un *mail* del diario La Quinta (ya teníamos una casilla artichoke@superduperextramail.com). Nos estaban ofreciendo escribir de nuevo y, al mismo tiempo, nos preguntaban cómo pagarnos lo que ya habían publicado.

La cantidad, y esto es una verdad muy verdadera, era como mi mesada de un año. Casi de dos años.

¿Qué puede hacer un niño como yo en una situación como esta?

Pedir que nos mandaran el sobre con la plata a otra parte, para no andar desperdiciando sospechas.

Y mandamos un *mail* con la dirección del Aarón.

Capítulo 15

No hay primera sin segunda

¿Qué decía la crítica?, se preguntarán.
¿Qué palabras habían causado tantos problemas a mi santo padre?

La verdad: nada del otro mundo. El texto era más o menos así:

"Ir a un restaurante es caro. Nadie va todos los días a un restaurante porque, y vuelvo a decirlo, es caro. Caro como la entrada para un partido del Chino Ríos. Por eso el Chez Jordi no es para ir todos los días. Y, siendo muy honesto (lo que no quiere decir que haya estado mintiendo todo este rato), es como para no ir ningún

60

día. Primero que nada, el baño está sucio y no tiene papel *comfort* (por lo menos después que fui yo, se acabó). Todo mal, por que allí es donde termina la comida y eso es una ley de la naturaleza, como diría el Discovery Channel. Segundo, los mozos te atienden como si te estuvieran haciendo un gran favor. Y tercero, y este es un gran problema, digo yo, no se entiende nada de la comida que venden allí. Ni mi profesora de castellano podría traducir lo que venden allí a un lenguaje terrícola. Por ejemplo, yo no entiendo lo que es una suprema rellena de frutos del bosque, acompañada de hojas verdes saltadas al *wok* al estilo *thai*. ¿Es eso un trabalenguas? A lo mejor es una adinanza, pero cuando la respuesta llegó en el plato, ni aun así la entendí".

Esta es la primera parte. Ustedes se preguntarán, ¿cómo se acuerda Julito de todos esos nombres? ¿Será un mentiroso crónico? No, pues. Bastó con buscar el Chez Jordi en internet, y listo. Allí estaba el plato de mi papá y todo el resto de la incomprensible carta del restaurante. Pero no nos distraigamos. Así terminó el debut de Artichoke:

"¿A quién le gusta gastar plata comprando trabalenguas? No sé a quién, porque, además de raros, los platos vienen con

gusto a saliva, como si los hubieran besado encima. Si me preguntaran, ¿quieres ir al Chez Jordi de nuevo?, yo respondería de una manera supersimple: Gratis sí, pero si me traducen las recetas primero. Y si le ponen un bozal al cocinero, para que no ande repartiendo saliva por los platos".

Sencillo y directo. Al grano, ¿no les parece?

Capítulo 16

Vacaciones demoníacas

Ya era lunes y mi mamá mandaba todo tipo de *mails* desde Estados Unidos, Desde "¿Se acordaron de apagar la estufa?", pasando por "¿Cómo están las vacaciones de invierno de Julito?", hasta "No se olviden de conversarle a mis orquídeas". Con mi papá leíamos estos mensajes, pero él estaba en otro mundo.

Si mi mamá hubiera estado en la casa, habría dicho que el aire estaba "enrarecido", Y eso quiere decir muy, pero muy raro.

Mi papá se daba vueltas por toda la casa. Creo que conoció unos rincones que jamás había sabido que existían.